

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 425.

MURCIA 12 DE JUNIO DE 1898.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Está visto; el feminismo triunfa, y ese inesperado prodigio se debe a la mujer española, a esa sublime mujer que entrega al furor de las olas ó al plomo enemigo los más ricos tesoros de su sangre.

Ahora, cuando muchos hombres tiemblan ante los horrores de la guerra, la mujer española manteniéndose altiva, serena y arrogante frente a las fieras del poderoso pueblo yanki.

Ni una madre, ni una hermana, ni una hija de los españoles que pelean ha llorado suplicando la paz ó ha temblado a impulsos del miedo, lloran y tiemblan de rabia ó indignación.

La mujer española es la misma de siempre; es la mártir de Numancia y Sagunto y la heroína de Zaragoza y Gerona; lo mismo se arroja a las llamas salvadoras de su lienra, que arrastra y dispara los cañones cuando sucumbe el último artillero.

Si España es grande, débela a sus mujeres más que a sus hombres; la fortaleza, la sobriedad, el arrojo y el heroísmo de éstos, proceden de aquéllas exclusivamente.

Suponed por un momento que la mujer española no fuera lo que es; atribuídla cualidades opuestas a las que hoy posee; hacéda irreliigiosa, pusilánimo, positivista y filósofa; ¿qué ocurrirá entonces? Pues sencillamente que la guerra actual se acabaría por falta de virilidad en el pueblo español, porque ese vigor, atributo al parecer del hombre, pertenece a la mujer.

Entrad en un campamento español y conversad con todos los guerreros desde general a soldados: saldreis de él maravillados; ni uno sólo os hablará de paz, tranquilidad del hogar, dulzuras de la vida regalona, bellezas del cielo sin nubes y encantos de horizonte despejado; en cambio os aseguraran todos que estan dispuestos a pelear y morir por España.

Y si no es basta semejante prueba de patriotismo, pedid a esos guerreros que os muestren las cartas de sus familias y leedlas desde la cruz a la fecha; no encontrareis en esos benditos papeles ni una palabra, ni una frase, ni un pensamiento que denoten temor ó debilidad; esas cartas sublimes constituyen el secreto de la tranquilidad y del heroísmo de nuestros soldados, y casi todas ellas están escritas por mujeres españolas.

Una madre escribe a un su hijo y le dice: «No te preocupes por nosotros, pues estamos tranquilos porque la Virgen no te abandonará ni un momento; se lo pedimos de rodillas a todas horas.»

Una esposa escribe al elegido de su corazón: «Si nuestros hijos se quedan sin padre, la Patria y yo velaremos por ellos.»

Una hermana le dice al sér de su misma sangre: «Cuando dispares el fusil, tan cuidado en apuntar bien.»

Si fuera posible adquirir todos esos documentos íntimos, podríase con ellos levantar un monumento que sería la admiración del mundo.

Puede, pues, asegurarse, en vista de la actitud observada por la mujer española, que el triunfo del feminismo es un hecho.

Ved a esas mujeres, hombres pusilánimes y afeminados, y seguid su ejemplo. Son débiles únicamente de nombre, pero son fuertes por los actos que realizan.

Aprended de esas mujeres, periodistas morétizados, y romped la pluma antes de estampar la vergonzosa palabra paz en vuestros empedrados periódicos.

Tengamos confianza en el porvenir de España, pues aun cuando sucumbiéramos todos los hombres en la comenzada guerra, quedarían las mujeres españolas, que valen más que nosotros.



RIMA

¡Cantaré! ¡Cantaré! Llevo en mi alma
un mundo de recuerdos:
¡No han podido los años arrancarme
el tesoro de amor que hay en mi pecho!
¡Cantaré! Aunque en gemidos de agonía
se tornen mis acentos,
y mis notas se pierden en espacios
sin brasas ni perfumes, luz ni besos,
¡Cantaré! Que al chocar sobre la losa
del sepulcro mi cuerpo,
quiero caer con mi lira, y que allí exhale
su gemido postrero

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.



CUENTOS

AMOR ETERNO

I

Ricardo Diaz era, seguramente, un artista de envidiable mérito y de excepcionales condiciones, capaz, el mejor día, de entrar por derecho propio en el templo de la inmortalidad.

Jóven, muy jóven, casi un niño, conocia admirablemente a los grandes maestros del divino arte, y los interpretaba con tan maravillosos conocimientos que las mas dulces melodias, los poemas sinfónicos más difíciles, los arranques supremos de inspiración, eran por él facilmente comprendidos y magnificamente ejecutados.

Diaz estaba en el período de los entusiasmos: amaba el arte y solo el arte, y las horas tristes de su añoranza, ó las más felices de su entusiasmo, consagróbalas al estudio de los grandes creadores de la música.

Wagner, Mozart, Verdi, Beethoven, todos los sublimes maestros del arte consolaban las vagas penas de su espíritu y las nebulosas iniciaciones de sus esperanzas sin motivo y de sus anhelos sin forma.

Era, pues, un enamorado de todo lo bello, materia disponible, terreno abonado para que germinara en él con gallarda lozanía la simiente amorosa lanzada por la mano blanca y temblorosa de cualquier inexperta doncella.

Diaz no poseía más bienes que el equipaje de sus entusiasmos: equipaje que, vendido a buen precio, no lo hubiera tomado, ni aun de balde, el más compasivo de todos los traperos de la villa.

Estaba pasando la rueda de las navajas, como suele decirse, soñando a cada hora con un nuevo triunfo musical y con ires ó cuatro ediciones *Ricordi*, agotadas en menos de un *sautamén*.

Una tarde halló en la calle de Tudesco a un antiguo amigo de su padre, el cual, despues de darle serios consejos, le dijo:

—Bueno, Ricardo, ¿y qué haces ahora?

El músico se encogió de hombros, significando que no hacia nada.

—He pensado en tí—continuó,—y no sabiendo donde vivias, no he podido hacerte un ofrecimiento.

—Usted dirá.

—¿Te convendría ganar quince duros al mes?

—¡Claro! Eso no se pregunta.

—Pues bien: con esta tarjeta mía te presentas en la calle de la Flor a los señores de Roman, y desde mañana comenzarás a dar lecciones a su hija Antonia. Excuso decirte que es gente de posición y que puede servirte de mucho para tu carrera.

Diaz saludó al amigo de su padre, y agradecido, prometió cumplir su encargo a la mañana siguiente.

II

Como Diaz era un verdadero artista, fué desde luego aceptado con gran regocijo de los señores de Roman.

Antonia Roman, sin ser hermosa ni mucho menos, tenia en el rostro una especial simpatía, y era de un trato tan ingenuo y distinguido, que a más de un gallardo mozo logró cautivar, merced a las candorosas manifestaciones de su alma, grande y generosa.

Cuando la señorita de Roman interpretaba al piano una de esas apasionadas melodias que despiertan el espíritu con voces de amor, Diaz, tamboroso y balbuceante, solia decirle:

—¡Magnífico! ¡Magnífico. Antonia! ¡Sólo los que sienten bien la música saben amar eternamente! ¡Ellos solos son los elogidos!..

Una tarde cantaban el *duetto* del Don Juan. Cuando terminaron, emocionados se miraron fijamente; y de aquella conjunción de luz amaneció la aurora de una pasión artística yseudoromántica.

—¡Trabajaré, Antonia, trabajaré, y tengo la seguridad de alcanzar el premio de *Melodia*, que nos permitirá vivir felices allá en Roma, en la gran ciudad del amor y del arte! Entregaré en breve al tribunal mi romanza, y tengo la seguridad que no habrá otra alguna ni más apasionada ni más sublime.

III

A los pocos días, Ricardo fué a casa de los señores de Roman, sin poder distimular su ansia vivísima y una excitación verdaderamente extraña.

Ricardo le dijo Antonia:

—He aquí mi obra; y le mostró las partitura de la melodía.

Sentóse al piano, mirando fijamente a la hija del señor de Roman, le dijo:

—Es usted la única persona que conoce mi primera concepción musical; en ella he puesto toda mi alma: se titula *Amor eterno!*

